

El populismo

Del mismo autor

La internacional justicialista, Buenos Aires, 2012

Historia de América Latina: de la Colonia al siglo XXI, Roma, 2010/
Buenos Aires, 2012

Eva Perón. Una biografía política, Catanzaro, 2009/Buenos Aires, 2011

Breve historia del peronismo clásico, Roma, 2008/Buenos Aires, 2009

Historia de la Iglesia argentina (en colaboración con Roberto
Di Stefano), Buenos Aires, 2000-2009

Perón y el mito de la Nación católica. 1943-1946, Buenos Aires, 1999
(nueva edición, 2013)

*Del Estado liberal a la Nación católica. Iglesia y Ejército en los
orígenes del peronismo. 1930-1943*, Milán, 1996/Buenos Aires, 1996

Loris Zanatta
El populismo

Traducido por Federico Villegas



Primera edición, 2014

© Katz Editores
Benjamín Matienzo 1831, 10º D
1426-Buenos Aires
c/Sitio de Zaragoza, 6, 1ª planta
28931 Móstoles-Madrid
www.katzeditores.com

© Loris Zanatta, 2014
Título de la edición original: *Il populismo*.
Publicado por Carocci editore, Roma, 2013

ISBN Argentina: 978-987-1566-86-0
ISBN España: 978-84-15917-07-6

1. Ensayo Histórico. I. Título
CDD 907.2

El contenido intelectual de esta obra se encuentra protegido por diversas leyes y tratados internacionales que prohíben la reproducción íntegra o extractada, realizada por cualquier procedimiento, que no cuente con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholön kunst

Impreso en la Argentina
por Buenos Aires Print
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

7	Introducción
17	1. Qué es el populismo
45	2. La aparición del populismo
69	3. Populismo y religión
107	4. La comunidad orgánica y el enemigo interno
135	5. Populismo y totalitarismo
163	6. El populismo en la historia
191	7. Populismo latino
229	8. El populismo hoy
265	Conclusiones
275	Glosario
279	Bibliografía
285	Figuras

Introducción

Hoy, escribir sobre el populismo no es nada original, ya que en los últimos años han aparecido diversas publicaciones sobre el tema. Así pues, este breve libro se justifica por su peculiaridad. El objetivo de la investigación es aquí el populismo como expresión moderna de un antiguo legado. Es decir, como la expresión de una visión del mundo que en el pasado tuvo una gran influencia en las naciones occidentales. Una visión del mundo típica de épocas dominadas por lo sagrado, en base a la cual, dicho con extrema síntesis, las sociedades humanas son consideradas como organismos naturales, comparables por su esencia y funcionamiento al cuerpo humano, cuya salud y cuyo equilibrio implican la subordinación de los individuos al plano colectivo que los trasciende. El plano de Dios y de la naturaleza. Por lo tanto, constituye una visión del mundo en la que “el pueblo” es un conjunto unitario e indivisible, y que a veces desemboca en fenómenos totalitarios. Visión a menudo diluida y absorbida en

el seno de la democracia constitucional, pero que siempre ha permeado en las oleadas populistas que con mayor o menor intensidad han acaecido en el pasado y hoy siguen produciéndose.

¿En qué consiste el populismo, desde esta perspectiva? ¿Por qué ha estado y todavía está tan difundido? El hecho de situarlo sobre dicho fondo, es decir, contemplarlo desde una óptica histórica que se extiende más allá del estudio necesario de sus peculiares características contemporáneas, de las que se ocupan las ciencias políticas y sociales, implica afrontar las dificultades de la relación entre libertad política y orden social, comunidad e individuo, tiranía y democracia, esfera secular y esfera espiritual en la historia occidental. En otras palabras, significa un largo viaje a las raíces políticas y espirituales de nuestro mundo. El populismo que se aborda en estas páginas es, por consiguiente, algo mucho más amplio y profundo que un mero fenómeno político o social contemporáneo; es una cosmología, una visión del mundo generalmente implícita pero de extraordinaria fuerza evocadora de las antiguas raíces, y que encuentra su expresión más coherente en la época de la sociedad de masas y de la democracia.

Esta premisa requiere un par de advertencias sobre el espíritu de este libro. La primera es que su propósito no consiste en trazar una línea en medio de un pizarrón y escribir, por un lado, qué fenómenos son populistas

y, por otro, qué fenómenos no lo son, tal vez en base a una lista detallada de atributos exclusivos de este fenómeno. Eso sería simplista. En realidad, el populismo es un imaginario que con diversas formas e intensidad suele afectar a los múltiples actores de una determinada sociedad en períodos históricos particulares. O sea que no es un tipo de virus del cual algunos son víctimas mientras que otros serían totalmente inmunes, aunque hay quienes lo cultivan erigiéndolo en su propio horizonte ideal y quienes lo evitan porque lo consideran una carga nefasta.

La segunda advertencia es que el populismo no se puede asimilar a los diversos “ismos” de los siglos XIX y XX —fascismos, comunismos, nacionalismos, fundamentalismos religiosos, etcétera—, ni es posible compararlo con ellos estableciendo cuáles de sus características comprende y cuáles excluye: es un concepto que, si acaso, determina el núcleo común de todos esos fenómenos tan diferentes entre sí y como tal no existe en estado puro en la naturaleza. No es, en suma, equiparable a los diversos fenómenos históricos que esos “ismos” agrupan. Para expresarlo con más claridad: cada populismo, sea el de naturaleza nacional o social, territorial o ideológica, étnica o religiosa, miembro de la familia totalitaria fascista o de la comunista es por sí mismo único e irrepetible. Será oportuno recordarlo cuando, hojeando las páginas del libro, nos encontre-

mos con fenómenos que tienen poca o ninguna apariencia en común, o están en las antípodas de la historia. No obstante, todos estos fenómenos, y este es el punto crítico, evocan de un modo más o menos consciente el imaginario populista a partir de la idea de que las sociedades son como organismos vivientes, donde cada órgano contribuye al buen funcionamiento del cuerpo, para el cual la salud y la cohesión de una sociedad están garantizadas por el sometimiento del individuo a ella. Evidentemente, esto no altera la unicidad de cada populismo, ni incluye en un conjunto indiferenciado los fenómenos históricos a menudo alejados entre sí o tan distintos por su contexto social y “entorno” institucional que parecen inasimilables.

El objetivo de estas reflexiones no es crear categorías, ni catalogar los hechos históricos ordenándolos en rígidas casillas; tampoco dar o quitar patentes populistas. Incluso porque, como visión del mundo, el populismo no existe por sí solo, sino estrechamente conectado con las circunstancias históricas en las cuales se manifiesta. Circunstancias que a veces le han hecho eco exacerbando las características, mientras que otras veces estas se esfuman o limitan obligándolo a hibridarse. El objetivo es comprender la naturaleza más remota y recóndita de los populismos. En síntesis, el problema que afronta este libro no es establecer *quién* es populista y quién no lo es, sino *qué es* el populismo, en qué con-

textos es más probable que surja, por qué es a menudo popular, por qué aun teniendo raíces antiguas siempre tiene las características de la novedad y, para finalizar, cuáles son sus efectos sobre las sociedades y las culturas políticas en las cuales se arraiga más profundamente.

El populismo sobre el que aquí se habla no tiene confines ni puede tenerlos. Su referencia a esa antigua visión del mundo que señalamos antes no es exclusiva de ninguno, ya que esa óptica es común a todas las culturas basadas en una premisa religiosa más o menos remota en el tiempo, donde la idea de que las sociedades son cuerpos naturales y que el pueblo es uno e indivisible retoma el concepto de que lo creado es el reflejo cumplido de la voluntad de Dios. Como tal, se la encuentra en todas las culturas donde la visión ilustrada del mundo —que, como se verá es la gran enemiga del populismo— no se ha arraigado, no lo ha hecho todavía, o lo ha hecho en forma parcial o superficial.

Desde Rusia hasta los Estados Unidos del siglo XIX pasando por la Europa balcánica y latina, desde Canadá hasta América Latina y en muchas realidades del mundo islámico actual, el populismo y su visión del mundo son enconados adversarios de la idea ilustrada de la modernidad. O sea de una idea basada en el individuo, en la razón y en la heterogeneidad fisiológica de las sociedades humanas. Precisamente, porque está anclada en una visión del mundo hostil a la ilustrada, no sería

correcto decir que la populista tiene raíces profundas y goza de buena salud en todas partes del mismo modo. Si bien es cierto que el populismo constituye una corriente histórica que atraviesa con fuerza incluso las áreas protestantes y el mundo anglosajón, o sea los lugares donde la cosmología de la Ilustración penetró más en el paisaje ideal, no se puede decir que produzca los mismos efectos que suele causar en las culturas donde se incorporó tarde, de rebote, o a menudo en las formas exteriores, más que por su valor intrínseco. No es al azar que el populismo altera con cierta regularidad el orden social y las estructuras institucionales de los países anglosajones, pero sin amenazar nunca con derribar los pilares.

En los países donde las bases ilustradas del orden social y del imaginario colectivo son más sólidas, el populismo hace las veces de señal de alarma del desgaste al que está sometido ese orden como todos los otros. En suma, es un anticuerpo, pero nunca llega a ser una visión alternativa del mundo, el vehículo de un orden social diferente respecto al basado en las premisas de la Ilustración, como ocurre, en cambio, donde esas premisas no nacieron por generación endógena, ni se han plasmado a fondo en el imaginario colectivo. Tal es el caso del mundo latino, en el cual se concentra este libro, que busca del populismo la más profunda esencia histórica, más fácil de encontrar

donde la dura y persistente competencia con la visión ilustrada le ha dado motivos constantes para regenerarse y adaptarse.

¿Pero por qué reconsiderar a propósito del populismo la antigua noción de *mundo latino* a la que aquí se alude a menudo? Desde luego, no para evocar la idea de una cultura dotada de una esencia peculiar, ni de una “identidad” elevada a una clave de lectura de su historia. Descarto la existencia de un destino histórico que haría al área latina más propensa que otras al populismo; y que el populismo represente una peculiaridad de los pueblos latinos, como demuestra la historia pasada y presente. Tampoco apoyo la tesis de que el populismo presente atributos diferentes de aquellos que lo caracterizan en otros lugares. De ninguna manera. La experiencia histórica del populismo latino se aborda aquí de tal modo de dar a entender que, en determinadas circunstancias, incluso otras culturas pueden entrar y, de hecho, ya están entrando en la edad populista.

No obstante, la noción de cultura latina es útil si se emplea para particularizar un espacio histórico. Un espacio muy heterogéneo y variable en las diversas épocas y de un lugar a otro, pero unido por lazos estrechos y sólidos, forjados en gran medida a través de los siglos de cristiandad católica: ora en forma directa y consciente o bien a través de una lenta pero constante sedimentación. Son lazos que admiten un cierto grado de gene-

realización en el momento de analizar las estructuras políticas y el sustrato espiritual que ponen los cimientos para los fenómenos populistas y pueblan su imaginario. A propósito, algunas de las características clave del espacio histórico latino forman el humus donde la planta populista crece con más lozanía. Entre estas características se puede citar la larga y densa superposición entre unidad política y homogeneidad religiosa y la situación periférica respecto a los procesos que han abierto la vía a la modernidad occidental, desde la Reforma hasta la Ilustración, desde la revolución industrial hasta la constitucional. Por esa razón, es oportuno aclararlo, queda excluida de este análisis la latinidad francesa, que fue en gran parte un punto fundamental de esos procesos, y no su periferia, y donde aquella superposición fue bastante menos férrea.

Una última y obligada observación concierne a la génesis de este trabajo, que tiene un itinerario y una historia. Aunque el populismo esté “de moda” hoy más que nunca, la reflexión aquí propuesta no tiene nada que ver con el *instant book* escrito para nadar a favor de la corriente, ni es el mero fruto de elucubraciones abstractas. En lo que respecta al itinerario, nace de las progresivas etapas de un estudio sobre los fenómenos populistas iniciado hace veinte años, primero en América Latina y luego en la Europa latina. Por lo tanto, sus capítulos retoman el hilo de numerosas pu-

blicaciones realizadas en el transcurso de los años. Sin embargo, no se trata de una colección de ensayos: cada uno de ellos ha sido revisado a fondo, sea para dar unidad y coherencia al estudio, o bien para integrar aportaciones y reflexiones sucesivas. En consecuencia, el producto es muy diverso y mucho más sistemático que los materiales individuales que lo componen.

En cuanto a la historia de este libro, en cambio, es necesario precisar que en su origen no hubo una elección deliberada de investigar en la historia de los populismos, de desentrañar sus orígenes y naturaleza. Es decir que no parte de un postulado teórico, del cual se va buscando la confirmación en la investigación empírica. Al contrario, el camino ha sido exactamente el opuesto, pues en sus orígenes, que se remontan a los años en los que ya nadie hablaba ni escribía sobre el populismo, están mis investigaciones sobre la historia política y religiosa de América Latina; es decir, sobre sus dos ámbitos —y sus frecuentes brotes populistas—, en torno a los cuales giran las páginas siguientes. Así pues, es el estudio empírico el que aquí adquiere una forma más teórica y no, como ocurre a menudo, lo contrario.

1

Qué es el populismo

LA ESENCIA DEL POPULISMO

Como previó Isaiah Berlin, el “complejo de Cenicienta” del populismo está destinado a perdurar. En síntesis, el príncipe del cuento no habría encontrado el pie que calzase el zapato perdido a la perfección, así como no hubiera sido factible imaginar que habría una definición del populismo satisfactoria y aceptada por todos. Por lo tanto, la pregunta “¿qué es el populismo?” habría quedado sin respuesta o no habría recibido tantas y tan diversas respuestas hasta causar una caótica Babel. Sin embargo, los que entonces habían buscado una respuesta han crecido día a día en los últimos veinte años. El populismo, tanto la palabra como el fenómeno histórico, reaparece continuamente. Es más, goza de una óptima salud, en el corazón de Europa como en otros lugares. Hasta el punto de poder decir que si se lo cita tanto es porque en la política moderna aparece en todas partes.

Numerosos estudios demuestran que el esfuerzo merece la pena; es decir, que todavía hay mucho que aprender y comprender sobre el populismo, tanto en términos empíricos como teóricos.

Respecto a aquello que se escribía en el pasado, la principal novedad sería el hecho de que la mayor parte de cuantos lo estudian hoy reconocen que el populismo tiene un “núcleo” de ideas, en cuya base hay una noción peculiar del mundo y de la humanidad que tiene orígenes antiguos y varias formas de presentarse, pero retorna en épocas y lugares muy diferentes entre sí.

En suma, el populismo tiene una “esencia”. Pero no solo es un fenómeno que puede agradar o desagradar de acuerdo con los puntos de vista, sino algo más sólido y estructurado que nos proyecta lejos en el tiempo, a los más remotos fundamentos de los órdenes políticos y sociales modernos. Esta especie de ave fénix, de la que tanto se habla pero de características huidizas, posee atributos recurrentes en el tiempo y el espacio que la hacen algo muy similar a una ideología. O mejor aun a una “visión del mundo” tan imprecisa como arraigada; tanto más arraigada precisamente porque es imprecisa y a menudo inconsciente en la mentalidad de las masas. Esto hace del concepto de populismo un instrumento útil para comprender la naturaleza íntima de fenómenos históricos concretos, los populismos. No se había previsto que esto fuera así. El populismo es,

de hecho, un término de destino variable, que como un río cárstico, aparece y desaparece del léxico político y del imaginario colectivo. Sin embargo, por su naturaleza es difícil, si no imposible, colocarlo a lo largo del eje ideológico derecha-izquierda y asignarle una base social precisa. No al azar a menudo se ha considerado un concepto inservible. El hecho de que con el tiempo el término haya adquirido una acepción negativa, y que nadie o casi nadie acepte definirse como populista, no ha servido para aclarar su significado. Sin embargo, la palabra retorna para evocar un “cierto” fenómeno para el que nadie encuentra un nombre más adecuado.

Pero si el populismo tiene un corazón, como suponía Berlin, es importante encarar la cuestión y preguntarse en qué consiste. ¿Qué es, dentro de las diversas formas en las que se manifiesta, lo que forma su “núcleo” ideal? Hubo un tiempo en que se buscaban los orígenes sobre todo en las estructuras de las sociedades y en las peculiaridades de los modelos de desarrollo económico, de las cuales el populismo habría sido la proyección en la arena política: dada una determinada estructura social y una cierta fase del desarrollo, era muy probable que emergieran fenómenos populistas. Una vez cambiada esa estructura y superada esa fase, también el populismo se habría esfumado. O bien se le daban definiciones minimalistas, según las cuales el populismo no sería más que un cierto “estilo” político,

que habrían podido adoptar ideologías incluso muy diferentes entre sí. Pero si el populismo también fuera esto, desde luego no se acabaría. En efecto, si se observa en profundidad, presenta algunos elementos que obligan a hablar de él como de una ideología, de una visión del mundo.

El hecho de que los populismos generalmente reclamen una especie de sentido común popular y que expresen una vena visceral antiintelectual no debe engañarnos ni inducirnos a pensar que están desprovistos de una ideología: ha ocurrido a menudo, pero no es correcto. En realidad, es a través de su ideología que ellos elaboran una reacción a una fase histórica que gran parte de la población vive como una crisis debida a la fragmentación de una comunidad, y a la pérdida de sentido de sus valores. No solo eso, sino que en base a esa ideología se determinan las causas de esa fragmentación y se indican los remedios. Desde luego, nadie niega que el populismo como ideología sea indefinido y no “formalizado” como las grandes ideologías de los siglos XIX y XX: esto es, que no se encontrará el manual del buen populista o el filósofo que ha dado origen al populismo, y a cuya fuente acuden los populistas.

Tampoco se puede negar que esto hace al fenómeno variable en diversos modos, sea en un sentido más reaccionario o en un sentido más progresista, sea de derecha o de izquierda, ni que pueda ser colonizado

por otras ideologías más estructuradas que engloban su “núcleo” en una apariencia tan inconsistente. Como se verá, en ese caso será fácil encontrar el corazón de la ideología populista en un “cuerpo” fascista o comunista, reaccionario o revolucionario, clerical o anticlerical y así sucesivamente. No obstante, esto no debería inducir a ignorar el sedimento más profundo. Al contrario, debería convencer de su gran permeabilidad. Por otra parte, ninguna ideología gira solo en torno a un núcleo totalmente racional y formalizado, sino que también está formada por elementos emotivos y simbólicos. Si, además, se acepta que las ideologías sirven para expresar intereses o resolver tensiones con los instrumentos que la historia y la vida ponen a su disposición, en especial cuando aquellos vigentes parecen haber dejado de funcionar, entonces no caben dudas: el populismo es una ideología.

Esto nos remite a la pregunta de origen: ¿En qué consiste el “duro núcleo” del populismo? Con ese propósito, Isaiah Berlin nos viene a socorrer otra vez indicando seis pistas clave, que de aquí en adelante trataremos de entrelazar. Antes que nada, el populismo evoca una idea de comunidad: no es en absoluto una ideología individualista, sino comunitaria. En segundo lugar, es apolítico e incluso podríamos decir antipolítico, dado que los valores en los que se inspira y sobre los cuales se basa conciernen a la esfera social y sola-

mente a ella. Hasta tal punto que, a los ojos de sus partidarios, un orden social justo se parecerá a la mejor democracia, aun cuando el orden político deba ser abiertamente autoritario. En tercer lugar, el populismo encarna una aspiración de regeneración basada en la voluntad de devolver al pueblo la centralidad y la soberanía que le han sido sustraídas. En cuarto lugar, ambiciona trasplantar los valores de un mundo del pasado que idealiza como un mundo de armonía e igualdad social a la situación actual: en ese sentido, el populismo se presenta como el canal a través del cual un imaginario antiguo, o sea una visión del mundo que proviene de muy lejos y que se habría conservado intacta en el pueblo, se vuelve actual para purificar el mundo moderno. En quinto lugar, el populismo siempre está persuadido de dirigirse a la mayoría del pueblo, o en los casos más extremos a su totalidad. Finalmente, esta visión tiende a emerger en sociedades que se encuentran en fases delicadas y a menudo convulsivas de la modernización o la transformación.

EL PUEBLO DEL POPULISMO

Como se ve, hay mucho que decir sobre el tema. Pero para orientarse en la búsqueda del “núcleo” populista

es oportuno partir de la idea del pueblo que está contenida en él. Por qué el populismo es esto ante todo: una convocatoria directa al pueblo como fuente de la soberanía política por encima de toda representación. Hasta tal punto que es inconcebible hablar de él fuera de un contexto ideal democrático; es decir, fuera de un contexto donde se haya afirmado que la fuente del poder reside en el pueblo. Además, precisamente en eso consiste la modernidad del populismo, que no puede vivir en contextos culturales que no admiten la soberanía popular como fundamento del orden público. Es decir que no puede existir donde está comúnmente aceptado que la autoridad procede directamente de Dios.

No obstante, dado que la idea de “pueblo” es en sí misma abstracta y debe ser a su vez definida, es natural que el populismo se “invente” su pueblo y pretenda identificarlo con “el” pueblo, simplemente. “La verdadera democracia”, decía Juan Domingo Perón cuando hablaba a sus partidarios “es aquella en la que el gobierno hace lo que el pueblo quiere”, donde el pueblo era *su* pueblo, transfigurado en *todo* el pueblo. ¿Acaso no es lo mismo para Cristina Kirchner cuando pide radiante “a todos los argentinos que me ayuden a seguir gobernando la patria, no por mí sino por el pueblo”? “Yo soy Chávez” le gustaba decir al caudillo venezolano, “yo soy un pueblo”. ¿Y Berlusconi no si-

guió la misma huella cuando en 2007 anunció la fundación del “gran partido del pueblo italiano”, como otros lo hicieron de pueblos extranjeros? Y así sucesivamente, hasta el infinito o casi. “El fascismo es todo el pueblo italiano”, decía por otra parte Mussolini en 1925, con palabras que sin matices exhibían el repertorio de los populismos convertidos en régimen en aquellos años, desde el estalinista hasta el hitleriano.

Así pues, ¿cómo es el pueblo invocado por el populismo? A primera vista parecería tan multiforme que no tendría características precisas: a veces es el pueblo soberano privado de sus derechos por una clase política que ha asumido las formas de una oligarquía autorreferencial; otras veces es el pueblo sobrentendido como clase, y entonces prevalece la idea de que lo forman los grupos más débiles y sin voz, que viven del fruto de su trabajo, y que reclaman soberanía y derechos en presencia de los poderosos que se nutren de sus esfuerzos. Casi siempre es el pueblo de la nación, o de una determinada comunidad territorial y cultural, evocado como custodio de su identidad, de sus particularidades lingüísticas, religiosas, étnicas o culturales.

Todas estas ideas de pueblo son superponibles y pueden coexistir. En todas, el pueblo se ve desde esta óptica, y se considera como el depositario exclusivo de la “virtud”, como el cofre donde se conserva un sentido común del cual el populismo se eleva a interés



FIGURA 1. Benito Mussolini: “El fascismo es todo el pueblo italiano”.

prete natural y del cual posee el monopolio. El pueblo chavista es “digno”, el peronista es “feliz y bueno”, el kirchnerista es “heroico e idealista”, el padano “fuerte y viril”, y el cubano impregnado de pura ética revolucionaria. Por otra parte, el pueblo de cada populismo por definición suele ser digno y mejor que la clase política, incorruptible y perspicaz.

No obstante, para captar la esencia del populismo, o sea su idea de “pueblo”, es preciso avanzar más allá de este umbral, a fin de encontrar río arriba cuál es la fuente de estos modos de representarlo. De hecho, si se sobrepasa ese umbral, se verá que por encima de esas representaciones están el mismo imaginario y la

misma visión del mundo. El elemento clave que salta a la vista es que el pueblo de los populistas parece indiferenciado, homogéneo, desprovisto de discordancias o disensos. Es una comunidad donde el conjunto supera la suma de las partes que lo componen, donde el individuo se confunde con el todo: una comunidad holística sería el mejor modo de definirla. No al azar los populistas suelen representar a su “pueblo” como un organismo viviente, en el que cada órgano contribuye en base a sus funciones y capacidad a la armonía total, a la salud del cuerpo. Pero la comunidad política no es considerada por los populistas como una asociación voluntaria de individuos iguales que, teniendo en cuenta las respectivas individualidades, discuten y negocian las leyes e instituciones que regulan la vida en común. No, ellos presuponen un pueblo que ya existe en la naturaleza, una comunidad formada por la historia y la identidad esculpidas en la piedra, porque está compuesta de vínculos históricos o lingüísticos, morales, espirituales o territoriales.

Precisamente, la reivindicación de esa unidad y de sus raíces hundidas en el pasado —poco importa hasta qué punto sean reales o idealizadas— da al populismo un rico potencial evocador, en contraste con los procesos de transformación que él imputa a la crisis y a la fragmentación social. Aun cuando sean diversos, sostenía José Antonio, el líder del falangismo, los espa-

ños se sienten en armonía porque están unidos por un destino común. La referencia a la unidad de la historia y al destino del pueblo cubano siempre ha sido una obsesión en Fidel Castro, y otro tanto se puede decir de Perón respecto al pueblo argentino. Aunque parezca irónico, Berlusconi muchas veces ha apelado a los “valores morales de los italianos”, considerándolos un pueblo homogéneo y “natural”, que sus adversarios amenazaban con disgregar. Huelga decir que precisamente ese presunto origen natural se encuentra en la base del autonomismo o incluso del independentismo padano.

Esta naturaleza indivisa del pueblo es el corazón, la esencia más profunda del populismo. Desde esta óptica, el pueblo se impone de hecho por su perfil monolítico, como una comunidad natural arraigada en el pasado que afronta una amenaza contra la cual el populismo promete defenderla regenerándola, es decir devolviéndole la pureza y la identidad que están en peligro. Como tal, el pueblo se presenta como la expresión de un sustrato histórico remoto y profundo, que lo une para siempre a un destino común y le confiere una identidad exclusiva que lo diferencia claramente de todos los otros pueblos: porque estos hablan otros idiomas, rezan a otro Dios, pertenecen a una clase social distinta, profesan una ideología diferente, y así sucesivamente. En este sentido, el pueblo del populismo tiene su propia

patria, entendida como un lugar físico, la “patria” en sentido tradicional, o bien como un lugar abstracto, donde esa identidad y ese destino encuentran amparo y confirmación ante los cambios en curso: un lugar impregnado de símbolos y emociones, donde la armonía y la homogeneidad de los orígenes se preservan idealmente y a través de rituales precisos. Por eso, se puede decir que el populismo “esencializa” a su pueblo, inventándole una historia y un destino común que preceden su transformación en comunidad política y que prescinden de ella.

También es necesario advertir que ese pueblo es una entidad mítica, que se expresa a través de una democracia basada en la “semejanza” entre sus miembros, en particular entre el líder y sus seguidores: un pueblo lo más separado posible de quien no es semejante a él, y encerrado en un mundo incontaminado por la diferencia. Es preciso defender el sentimiento de cubanidad, sostiene Castro desde los albores de su revolución, haciéndose eco de los himnos a la identidad nacional que todo populismo siempre ha entonado: desde la España falangista hasta la Argentina peronista, desde el Brasil varguista hasta la italianidad sobre la cual el fascismo construyó un imperio. La italianidad que bajo nuevos despojos ha vuelto a resonar con tonos exacerbados en el lenguaje actual, tanto en el de Berlusconi como en el de Beppe Grillo, dispuestos a evocarla con-

tra la eventualidad de que el capital extranjero adquiriera algunas empresas nacionales quebradas, o como antídoto para los efectos sobre el tejido nacional de la férrea austeridad alemana.

La noción de populismo, en consecuencia, desemboca en la idea de comunidad orgánica. Una comunidad cuya vida reflejaría un orden natural, en lugar de depender de un contrato explícito, voluntario y racional entre sus miembros. Como tal, el estado “natural” de la comunidad populista sería el de armonía y unidad, de cohesión y homogeneidad. A la inversa, y por el mismo motivo, esa comunidad vive el conflicto y las diferencias, el disenso y las discrepancias como manifestaciones de debilidad. Más aun, como amenazas a su propia existencia.

Poco importa si las comunidades orgánicas de esta índole hayan o no existido en concreto en la historia, ni cuándo y en qué condiciones. Lo que importa es que esas ideas sean centrales en la visión populista del mundo y que en ciertas coyunturas marcadas por transformaciones bruscas, este imaginario suscite comprensión, simpatía y adhesión en los estratos más o menos vastos de la población para los cuales, según parece, tiene algo familiar y tranquilizador. En síntesis, esa visión del mundo es la más adecuada para satisfacer las necesidades de pertenencia a una comunidad, su requerimiento de identidad.